

concurrer en Bruselas contra la guerra y el fascismo, y de un período de clandestinidad y persecución.

Al inconcreto final de este período, Sábato—que ha abandonado sus responsabilidades como miembro de una organización política, aunque no abdica de su postura crítica ante los problemas de su pueblo—retorna al dilema primero, enriquecido por los avatares de los años inmediatos. ¿Ciencia o literatura? En modo alguno puede afirmarse que Sábato olvide la realidad política argentina, ya que este drama se ha ampliado: la guerra de España prologa *otra* contienda de mayores proporciones. No se trata de una impresión subjetiva, sino de un rumor que se nutre de las noticias procedentes de Europa. No obstante, Sábato, doctor en física, ánimo incontrollable tras el título, salta a París.

En París, Ernesto Sábato no sólo entabla relación con temas relativos a las radiaciones atómicas, sino con un modo de entender la cultura que se conjuga con una manera de vivir. Este encuentro reproduce en Sábato la contradicción latente. Conoce a intelectuales, escritores y artistas del París prebélico, y asiste al recrudecimiento de las tensiones políticas, que toman en este ambiente un cariz más amplio que el conocido en Argentina. El vanguardismo parisiense, que reúne manifestaciones rebeldes y revolucionarias de todo el continente, puede desafiar con alegría una larga tradición cultural. Y añade un sello característico, una señal que permanece perenne en el trabajo de Sábato, a esta actitud. No ha de considerarse como un enfoque estético que se superpone a la obra del artista, en perjuicio del fundamento ético de su actividad, sino como algo que supera tal dicotomía y que apunta no sólo a la existencia..., porque ese clima efervescente quiere alcanzar ese «otro mundo» que se halla en el interior del ser humano.

Como advirtiera H. G. Wells a la pregunta de si creía en otros mundos, la vanguardia francesa responde que esos mundos acerca de los cuales especula la sensibilidad de los seres impresionados por el avance de la investigación científica y precisados de nuevos objetos de adoración, se encuentran en el nuestro. El surrealismo aporta un tono agresivo que busca la manifestación del pensamiento como punto de partida para una revolución profunda de los valores de la sociedad moderna. Pero cuando Sábato se relaciona con el surrealismo francés ya se ha producido la polémica, a la que seguiría la ruptura entre los integrantes del movimiento: unos se deciden por orientar los planteamientos críticos del grupo con la acción política revolucionaria, y un segundo grupo rechaza la alternativa por estimar

contrario al espíritu del surrealismo la introducción de sus tesis en la contienda política.

De nuevo se encuentra Sábato frente al dilema de la justicia social. Con todo, el conflicto no consiste en definirse por una posición concreta en un mundo cultural que le impresiona, pero al que se siente ajeno, puesto que tales disquisiciones forman parte de un círculo intelectual muy concreto. Ernesto Sábato ha buscado en la política un punto de referencia para ordenar sus ideas —recogidas de los libros de su alrededor, de su participación en la lucha que alza la bandera de la causa social—, y esta búsqueda la ha trasplantado en sus estudios científicos. Inmerso en las borrascosas disputas de los vanguardismos, su personalidad se revuelve contra sus pasos.

El tono confidencial de *Itinerario* revela, en palabras de Sábato, que su inquietud desborda aquello que constituye sus verdaderas intenciones. Ni la militancia política ni tampoco sus estudios científicos bastan para completar esa formación que Sábato ansía, no con un interés que le convierta en el único beneficiario de su decisión, sino en correspondencia con el papel social que posee su labor. En ningún momento Sábato deja de ser un ciudadano atento a la realidad circundante. Pero entiende algo importante que trae consigo el estado de ánimo con el que se desenvuelve en el laboratorio «Curie» y que más tarde expresarán sus personajes: resulta imposible dar la espalda a la verdad singular de cada individuo si algo nos resta de ilusión por vivir. Para Ernesto Sábato, además, la literatura es un modo de conocer, siendo una vía para que esa entrega/expresión de la persona llegue a los demás, como pretende, de una forma total.

París simboliza la apertura de las costumbres mediante la cultura. La cultura llevada a la práctica de manera cotidiana como auténtica prueba de la libertad. Ernesto Sábato se encuentra al principio de su camino cuando esas corrientes artísticas y literarias que ofrecen la impresión de ser producto de la ligereza o el capricho calan en su pensamiento. El orden que buscaba en el exterior se le presenta ahora a través de conversaciones que estimulan su atención y le permiten comparar las divergencias entre dos mundos: el suyo, cerrado, atrapado por el duelo necesidad material-necesidad espiritual; el segundo, en cuyo interior no se siente un extranjero, curioso y abierto, sorprendente, que encubre con audacia todo lo que aflora al simple contacto.

Este contraste, recogido por Sábato en muchas páginas de su obra, no se agotará en su decisión por la literatura, por hacer literatura. El sedimento que permanece en el ánimo del escritor no puede ser considerado sencilla nostalgia. De su estancia en París, Sábato apro-

vecha esa posibilidad de pensar y actuar conforme a su propia conciencia, sin temor a la reprobación o a la represión. Pero hay otro elemento que suma a este triunfo del individuo sobre sus contradicciones una victoria de especial relieve en la producción futura del escritor: la vanguardia está planteando ya las preguntas que transformarán los cimientos de la concepción del mundo moderno en breve plazo.

Por Sábato sabemos que dos títulos determinan el período en el que intervienen las dudas vocacionales y el proceso que le permite reconocer en la literatura el trabajo que desea realizar: *La fuente muda*, novela inédita, y *El túnel*, redactada en París y que sólo se atreverá a mostrar una vez inmerso en la vida argentina de nuevo.

El destino de las dos narraciones nos retrata a un escritor consciente de su labor y de su voluntad. Sábato no se apoya al iniciar su andadura en el pasado, sino en lo que de éste puede aprovechar, a pesar de que ello no restará interrogantes a su reflexión. Y podría decirse que su encuentro con la sociedad argentina comporta esa angustia característica de los autores europeos de la segunda posguerra. Así lo confiesa Sábato al hablar de la orientación metafísica de la literatura argentina: «... si el mal metafísico atormenta a un europeo, a un argentino lo atormenta por partida doble, puesto que si el hombre es transitorio en Roma, aquí lo es muchísimo más, ya que tenemos la sensación de vivir esta transitoria existencia en un campamento y en medio de un cataclismo universal, sin ese respaldo de la eternidad que allá es tradición milenaria». O de otro modo, y nuevamente empleando ensayos de Sábato: «Un escritor nace en Francia y se encuentra, por decirlo así, con una patria hecha; aquí debe escribir haciéndola al mismo tiempo como aquellos pioneros del lejano Oeste que cultivaban la tierra con un arma al lado.» No es, como vemos, un camino sencillo el que ha elegido Sábato. Pero, tal como señalase Proust en *El tiempo recobrado*, el escritor que se aplica al esfuerzo auténtico y sincero de un libro esencial «no tiene, en el sentido corriente, que inventarlo, puesto que ya existe en cada uno de nosotros. El deber y la tarea de un escritor son los de un traductor». Por decirlo de una manera sencilla, lo que ha de inventar el escritor en este caso son las condiciones adecuadas para que este libro emerja de su interioridad. Y en ésta se zambulle Sábato.

Encontramos por ello una profunda similitud entre el tono y el clima de los autores del existencialismo de posguerra europeo y algunos narradores hispanoamericanos. La nacionalidad de éstos no será para el análisis un obstáculo insalvable, ya que nuestro interés se centra en el modo en que se relacionan determinadas preocupa-